

El presente velo de la literatura a 50 años del golpe

¿Qué ocurrió con la producción cultural después del golpe militar? ¿Cómo la literatura de la postdictadura abordó la memoria de un pasado con aroma a fusil? Si bien la dictadura se dedicó a censurar y quemar libros, esta columna recoge un variado grupo de libros, de diversos estilos, fundamentales para no olvidar los dolores causados por la dictadura.

Cristóbal Chávez Bravo

Tras el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, la dictadura cívico-militar se extendió como un velo que cubrió gran parte de los temas de las producciones culturales arraigadas en Chile. Este manto imaginario, pero asfixiante, se mantiene hasta hoy, a 50 años, como un tópico ineludible. A la literatura le diagnosticaron rápidamente síntomas dictatoriales y, en esta selección sin ínfulas enciclopedistas, se puede partir por las obras del mismo tirano. Augusto Pinochet publicó en 1979 *El día decisivo*, un libro en formato de entrevista — con respuestas mesiánicas— que aborda desde su infancia hasta su dictadura. De su relato podemos destacar cómo salvó a Chile del marxismo. “Señores Generales, la Patria está por sobre nuestras vidas (sic)” reza el epígrafe del libro atribuido al mismo Pinochet. Los diarios del grupo de *El Mercurio* rápidamente lo calificaron de *best seller* y “magnánimo”.

Por esa misma fecha, otros libros abordaron rápidamente la tiranía, pero desde la ficción. *La casa de los espíritus* (1982) de Isabel Allende —autora injustamente minimizada en Chile— narra las cuatro generaciones de la familia Trueba. El desenlace tras el golpe de Estado afecta a la propia familia, cuyo *pater familias* apoyó y celebró el 11

de septiembre. En la ficción podemos contar, también, *Los convidados de piedra* de Jorge Edwards (1978), una obra que cuenta la fiesta de un grupo de burgueses y las epifanías de ellos sobre la Unidad Popular en pleno toque de queda.

La literatura durante los años de represión también sirvió como insumo judicial para los abogados y jueces del futuro frente a la miopía de la justicia de la época. La fallecida periodista Patricia Verdugo construyó un cuerpo investigativo en plena dictadura, compuesto por *André de La Victoria*, *Quemados vivos* y *Los zarpazos del puma*. Aunque estas creaciones zigzaguearon con la censura, se transformaron en los verdaderos *best sellers* de cuneta.

Ya en democracia, el periodismo se curtió de investigaciones sobre lo que ocurrió durante los 17 años de interrupción democrática. Durante la década del 2010, Javier Rebolledo publicó una retahíla de libros en un momento aletargado en estas materias. ¿Para qué seguir ahondando en lo que pasó o dejó de pasar durante la dictadura?, se escuchaba en las redacciones de periódicos. Gracias a sus oídos sordos, Rebolledo desnudó a nuevos cuarteles militares, oficiales, cómplices civiles y al

somnoliento Chile de ese entonces al enfrentar el horror. En *La danza de los cuervos* (2012), Rebolledo se centra en Jorgelino Vergara, *El mocito*, un asistente del torturador y mandamás de la DINA, Manuel Contreras. Vergara sirvió en diferentes operativos para desaparecer personas, entre otros menesteres. Con una memoria privilegiada, Vergara reconstruye con perspicacia el organigrama de los órganos estatales represores de Pinochet.

En obras más recientes luce *Cazar al cazador* (2018), de la periodista y académica de la Universidad de Chile, Pascale Bonnefoy. La reportera desentraña el rol del antepasado de la Policía de Investigaciones, PICH, durante la dictadura y cómo en democracia, en el seno de la misma institución, depuraron a los torturadores que aún integraban sus filas.

La poesía ha construido un corpus de obras relacionadas con la dictadura o que hacen eco de ella, pues varios de los poetas se contaron entre los sobrevivientes de la tortura. Mauricio Redolés, Jorge Montealegre o Raúl Zurita suman versos sobre el vejamen personal. Este último, en la monumental *Zurita* (2011), impregna incluso los olores de la represión y el maltrato, así como lo hizo la diseñadora Pía Montalva en su ensayo *Tejidos blandos* (2013), en el que abordó la tortura política desde la vestimenta de las personas torturadas. La poeta Elvira Hernández en 1991 publicó *La bandera de Chile*, un poemario que circuló diez años antes clandestinamente; de mano en mano iban transitando las copias mimeografiadas. “La bandera de Chile es usada de mordaza/ y por eso seguramente por eso/ nadie dice nada”. En 1980, Hernández fue secuestrada por la policía secreta de Pinochet, experiencia que, aunque no lo aborda directamente en el poemario, quedó impregnada en él.

Pese a que no vivió en el Chile con perfume a fusil, Roberto Bolaño se enteró de las reuniones literarias que celebraban en la casa de Mariana Callejas durante la dictadura, mientras su esposo Michael Townley torturaba opositores al régimen en el sótano de la morada. Con este material presentó *Nocturno de Chile* (2000): “Es la metáfora de un país joven, de un país que no sabe muy bien si es un país o un paisaje”, diría sobre el libro en una entrevista. La novela cuenta los últimos estertores de un cura Opus Dei crítico literario que en su agonía recuerda cuando le enseñó marxismo a Pinochet, su amistad con Neruda y su participación en los talleres literarios en la casa de Vitacura donde funcionaban, también, agentes de la policía secreta.

Más recientemente resalta *La secreta vida literaria de Augusto Pinochet* (2013) del periodista Juan Cristóbal Peña, una crónica que se inmiscuye en los gustos literarios y las entelequias intelectuales del dictador. Este libro narra cómo plagió a su profesor de Academia de Guerra y las vicisitudes del editor de *El día decisivo*. La portada de la primera edición del libro desnuda su contenido: aparece Pinochet leyendo a Gramsci.

Pese a la vasta literatura sobre la dictadura, y que seguirá aflorando por 50 años más con ediciones revisadas o nuevas obras, algunos inescrupulosos inventan textos sobre este periodo que no existieron. A Neruda le acuñan los versos “Nixon, Frei y Pinochet/hasta hoy/ hasta este amargo/mes de septiembre/del año 1973” que habría escrito tras el golpe y antes de su muerte. Jamás los escribió y es una alteración a su poema *Las satrapías de Canto general* (1950) que dice: “Trujillo, Somoza y Carías/ hasta hoy, hasta este amargo/mes de septiembre/ del año 1948”. ■

Cristóbal Chávez Bravo es periodista por la Universidad de Chile, diplomado en Periodismo Cultural y Crítica Literaria en la misma casa de estudios y en Estética y Filosofía en la Universidad Católica. Ha trabajado como corresponsal extranjero para distintas agencias internacionales y ha sido docente en la Escuela de Periodismo de la FCEI.